

Les mondes de l'esclavage: une histoire comparée

Paulin Ismard, director; Benedetta Rossi y Cécile Vidal, coordinadoras

Seuil • 2021 • ISBN 9782021388855 • 1161 pp.

<https://doi.org/10.22380/20274688.3018>



Renán Silva

Antiguo profesor universitario, doctor en Historia Moderna, Bogotá, Colombia
rj.silva33@gmail.com

Comencemos por advertir al lector de esta reseña sobre aquello que no es la obra. De una parte, no se trata, como podría pensarse, de lo que desde hace un cierto número de años se designa como una *historia global*, un rótulo que ha terminado sirviendo de justificación a reelaboraciones de cualquier clase de problema histórico a partir de resúmenes de la literatura secundaria más conocida, casi siempre la menos significativa sobre los temas que se quiere abordar. De otra parte, no se trata tampoco de una especie de *handbook* que brinde informaciones actualizadas sobre el estado del arte del problema y recuerde los títulos más sobresalientes en ese campo de estudios, reconociendo la importancia de ese tipo de publicaciones para la vida académica y la falta que en la cultura histórica del país hacen.

Señalado lo anterior, podemos decir, para empezar, que *Los mundos de la esclavitud* es una obra extensa (de un poco más de mil cien páginas), de amplias miras espaciales y temporales, que quiere discutir a fondo el problema histórico y conceptual de la esclavitud a través de los análisis que plantean más de una cincuenta de especialistas reconocidos en el tema, investigadores que pertenecen a universos académicos variados, que de ninguna manera constituyen una escuela unificada de interpretación del problema de la esclavitud, que ponen en juego conceptos y nociones de distintas disciplinas sociales, sin privilegio excluyente de ninguna de ellas, y que analizan las más diversas situaciones de la trata, procesos de esclavización, formas de esclavitud y modalidades de liberación a lo largo de la historia de nuestra civilización, interrogando el problema en un conjunto plural de sociedades, con la perspectiva de ofrecer una visión que no envíe la esclavitud

al *pasado*, como curiosidad erudita, sino que admita las urgencias que al respecto plantea el *presente*, pues los autores se preguntan de manera repetida sobre su continuidad o la de algunos de sus rasgos más sobresalientes en el mundo de hoy. Hay que indicar, en cuanto a la estructura general de la obra, que, además de los análisis que presenta, agrupados en una forma sencilla —que enseguida paso a describir—, contiene una precisa introducción, que aclara el enfoque y los propósitos del libro, así como los necesarios índices de lugares y nombres citados, y cuatro mapas sobre el fenómeno estudiado, todo ello de gran utilidad en una publicación que se ocupa de una compleja institución social, y que lo hace en una vasta escala geográfica y temporal. Al lado de ello, una extensa bibliografía de algo más de cuatrocientos cincuenta títulos, además de la indicación de los sitios web en donde es posible encontrar información valiosa y confiable que complementa las referencias bibliográficas. Por fuera de lo anterior, hay que resaltar que la obra contiene una elaborada, pero no muy extensa, conclusión, escrita por Oscar Patterson, reconocida autoridad en el problema —autor, entre otros, de un trabajo tan valioso como *Slavery and Social Death*¹—, conclusión que tiene el mérito de no hacer referencia a lo que puede constituir una crítica al enfoque de la propia obra, ya que Patterson centra su análisis, más bien, en un balance historiográfico del tema, mostrando de qué forma las definiciones y consideraciones acerca de la esclavitud se modifican en función de la escala espacial y temporal con que se interroguen los hechos, y la validez de esas variadas escalas de estudio según los propósitos que cada investigador persigue y la relación que con el tiempo y el espacio guarda cada una de las disciplinas de las ciencias sociales presentes en esta obra.

En cuanto a la estructura básica en que se organiza el libro, tres son sus partes fundamentales: “Situaciones”, “Comparaciones” y “Transformaciones”. Por lo primero se entiende un esfuerzo concentrado de mostrar, a lo largo de la historia y para una geografía variada, las diferentes formas que ha asumido lo que las sociedades, y por ese camino la historiografía, han identificado como esclavitud. Se trata de un mosaico amplio que recuerda que hay problemas en relación con los cuales los esfuerzos de unificación en una sola definición pueden significar la anulación misma de la posibilidad de comprenderlos, pues en la vida de las sociedades la institución esclavista, sus víctimas y ejecutores no han respondido a una sola configuración social, sino que la esclavitud ha comprendido una serie de formas muy diversas, hechas todas de historias diferenciales, a pesar de la unificación que una ciencia social poco amiga de la pluralidad puede haber intentado

1 Oscar Patterson, *Slavery and Social Death* (Harvard University Press, 1982).

producir, sobre la base de un número limitado de experiencias. Por lo demás, pensando en ese haz numeroso de experiencias históricas, que de hecho son muchas más de las que la obra analiza, es posible que el lector descubra, por ejemplo, que las nociones de esclavo, de señor y de esclavitud no son ni unívocas ni obvias, y que no es seguro que al usar tales términos aparezca *a priori* una garantía de claridad conceptual.

Pero la presentación de un mosaico de situaciones no equivale a postular que entre ellas no hay elementos por relacionar, a través de un juicioso uso del método comparativo, sobre el que en la obra se hacen precisiones de gran pertinencia, algunas de las cuales vale la pena recordar. Como lo dicen los responsables del libro, la comparación se encuentra en el corazón de este proyecto de reflexión, y a continuación aclaran elementos clave del uso de tal enfoque. Por una parte, no se trata de un ejercicio que al final desemboque en el privilegio de un modelo determinado de esclavitud como el parámetro que debe constituirse en el molde conceptual de toda relación esclavista. Por otra parte, y en línea con lo anterior, no se trata de avanzar pacientemente de las situaciones variadas hacia una primera morfología de los procesos de esclavitud, para llegar a una especie de definición de tipos ideales, como ha sido la aspiración de una determinada sociología. Finalmente, y de nuevo en línea con lo anterior, tampoco se trata de postular la existencia de una especie de “esencia inmutable”, siempre igual a sí misma, de la cual los mundos de la esclavitud fueran simplemente sus manifestaciones fenoménicas, de acuerdo con una concepción del trabajo de las ciencias que destruye el fenómeno en su propia historicidad. Lo que se entiende en la obra por *comparación* no es el recurso fácil a la analogía por medio de la construcción de cuadros de semejanzas. Es, por el contrario, el énfasis en la diferencia, en la medida en que eso que aparece a la mirada tradicional como “esencia” remite en realidad a una riqueza de experiencias, lo que no permite pensar en trayectorias o vías “típicas” de la formación de los fenómenos, unicidad que nos arrastraría a hablar de la “Historia”, con mayúscula, pero que nos impediría hablar de *historias*, con el plural que muestra la riqueza de la experiencia humana, en lo que se nos presenta a la vez como rasgo de cultura y como rasgo de barbarie, para recurrir a la expresión de Walter Benjamin.

Desde este punto de vista, *Los mundos de la esclavitud* realiza en cada uno de sus capítulos un gran esfuerzo relacional, asumiendo uno de los procedimientos por excelencia del enfoque comparativo: el examen contrastado de las situaciones consideradas. Por lo demás, en la introducción se nos recuerda que, en la retórica del siglo XVIII, *contraste* es la designación misma del camino y del hecho comparativo.

La lección final es, en este punto, la inmensa diversidad de los mundos esclavos, el conjunto plural, no de fácil unificación (y menos a través de usos mágicos del lenguaje), que ellos constituyen, dentro de una definición general y esquemática, que podría ser la siguiente: formas extremas de dependencia personal, ligadas a la explotación y a la dominación —en planos diversos que recorren una o varias de las dimensiones del acontecer social—, casi siempre acompañadas de violencia extrema (o la posibilidad de su uso) y de la aspiración al control de la existencia completa de una determinada vida humana, con la consecuencia de la anulación, en grados diversos, de la libertad de quien es puesto en tal condición.

Finalmente: la cuestión de las transformaciones. Como se sabe, la contemplación de los problemas en la larga duración y en escalas espaciales de amplitud considerable es ante todo un mérito de la escuela de los *Annales*, y sus frutos hoy son reconocidos por casi todos los historiadores. Pero asumir la perspectiva de la larga duración puede ser eventualmente el camino hacia un error, cuando no se combina con la perspectiva del cambio social, pues entonces conduce a la supresión de las dinámicas reales que caracterizan un problema y lo transforman, a veces como efecto del paso de una forma social de vida a otra, sin que todos sus elementos desaparezcan bajo las nuevas condiciones. La obra no ignora el peso del cambio y el cuidado que impone el uso de la noción de larga duración. De ahí el lugar destacado de la sección “Transformaciones”, en la medida en que se aspira a presentar una visión compleja del asunto, una visión hecha de situaciones variadas y de múltiples esfuerzos, *agenciadas* por gentes de toda clase y circunstancia sociales, incluidos, desde luego, aquellos que padecen la situación de esclavitud. Posiblemente el momento más alto y más visible de ese proceso dinámico, pero no el único, lo constituye lo que se designa como lucha abolicionista, tal como la reconocemos desde finales del siglo XVIII y hasta el presente, sin que el fenómeno haya sido liquidado y desterrado por completo.

Está de más decir que el estudio del problema en la larga duración no anula en la obra consideraciones repetidas y agudas sobre la singularidad y el significado de los procesos de *comercio humano* —la trata esclava—, en grande o pequeña escala, a partir del siglo XV, y sobre el traslado a América de millones de africanos a partir del siglo XVI, que comprometió de manera visible a las principales potencias coloniales europeas en vía de constitución como tales, pero de manera muy particular a las monarquías portuguesa y española —reinas en el mar y en el intercambio—, ya que sus soberanos, sus agentes de comercio más importantes y algunas de sus órdenes religiosas, en especial los jesuitas, fueron los principales actores de la trata (captura, proceso de esclavización, traslado a América) y de su

empleo en minas, haciendas y plantaciones. Con esto se garantizó la continuación de la explotación del *tesoro* americano, luego que las poblaciones nativas sufrieron los efectos de lo que se designa como la *catástrofe demográfica*, expresión precisa pero pobre para nombrar la hecatombe que padecieron los indígenas, de la que difícilmente, y nunca de manera completa, comenzaron a recuperarse tan solo a mediados del siglo XVII.

Es una virtud indudable de *Los mundos de la esclavitud* mostrar, siguiendo la dirección que acabamos de señalar, que corresponde ante todo a españoles y portugueses el indeseado mérito de haber dotado a la esclavitud de un lamentable y perdurable rasgo de legitimación ideológica al establecer una relación directa entre raza y condición esclava, al declarar a las poblaciones africanas como inferiores en términos de condición humana y merecedoras sin discusión alguna del destino de la esclavitud, sin ninguna dificultad para las buenas conciencias cristianas, que por mucho tiempo encontraron en la Iglesia de Cristo fórmulas teológicas que les permitieron sentirse liberadas de cualquier culpa respecto a la trata humana y a la explotación de las gentes negras. Desde luego que las legitimaciones raciales más elaboradas, con máscara de ciencia, las puso sobre todo el pensamiento francés en el siglo XVIII, pero ya españoles y portugueses habían hecho su parte.

Finalmente, hay que volver a subrayar que, si bien la obra localiza con precisión y muestra el significado excepcional de la trata esclava y la llegada de los contingentes africanos al Nuevo Mundo, evita la trampa de considerar esa variante histórica de la esclavitud como si fuera *toda la historia del problema*, como a veces se cree en América Latina, y combate el prejuicio, que ya en su época Marx había criticado, de producir la ecuación un negro = un esclavo, recordando que las situaciones de esclavitud han abarcado a gentes de las más diferentes etnias y condiciones, y que tales situaciones se relacionan con estructuras y condiciones de poder variadas, y con un haz amplio de formas de legitimación.

Bibliografía

Patterson, Oscar. *Slavery and Social Death*. Harvard University Press, 1982.